

La retórica en el siglo xx. Hacia una Retórica General

LUIS MARTÍNEZ-FALERO

RESUMEN

A lo largo del siglo xx, sobre todo en su segunda mitad, se produjo un progresivo retorno a la Retórica como teoría general del discurso, tanto en los aspectos referentes a la pragmática lingüística, como en lo concerniente a la producción y recepción de textos literarios. A partir de Perelman y Olbrecht-Tyteca se amplió esta perspectiva neoretórica, hasta el punto de que, tras la crisis de las poéticas estructuralistas, la revisión del *corpus* retórico se ha convertido en una vía de progreso para la Teoría literaria del siglo XXI, a través de la configuración de una Retórica General Literaria en la que participen otras ciencias dedicadas al estudio del discurso humano. En este artículo se analizan todas estas propuestas desarrolladas a lo largo del siglo xx, buscando esa pretensión interdisciplinar que marca esa teoría general del discurso.

ABSTRACT

During the 20th century, especially in the second half, a progressive return to the Rethoric as a general theory of the discourse, was produced. Not only in aspects referring to the linguistic pragmatic, but also in everything related to the production and reception of literary texts. After Perelman's and Olbrecht-Tyteca's works, this neo-rethoric view was enlarged to the extent that, after the crisis of the estructuralistic theories of poetry, the re-examination of the rethoric *corpus* has become a way of progress for the Literary Theory in the 21th century. This was by means of constructing a General Literary Rethoric in which other human discourse sciences take part. All of these theories which were developed during the 20th century are analysed in this article, by way of interdisciplinary aspiration that directs the general theory of the discourse.

Palabras clave: Retórica, Neoretórica, Teoría de la Literatura.

Tras el agotamiento de los modelos retóricos del ornato en el siglo XIX, momento de la ruptura romántica con los desgastados mecanismos poético-figurativos procedentes de la tradición neoclásica, la retórica quedó sólo encuadrada o en los tratados de figuras (caso de José Coll y Vehí y sus *Elementos de Literatura*) o en los manuales escolares más clásicos (caso de las reediciones de los *Elementos de Retórica con ejemplos latinos de Cicerón y castellanos de Fr. Luis de Granada*, del padre Calixto Hornero, o los *Elementos de Retórica y Poética*, de Luis de Mata y Araujo); o, incluso, en los manuales más especializados de oratoria para abogados o políticos, como sucede con esas *Lecciones de elocuencia en general, de elocuencia forense, de elocuencia parlamentaria y de improvisación*, de Joaquín María López¹. A ello, sin duda, también contribuyó la actitud negativa de los filósofos herederos de la doctrina kantiana o hegeliana, en su vertiente lógico-formal, cristalizada en el anti-humanismo que podemos hallar en los textos filosóficos de Heidegger, como señala Ernesto Grassi².

Sin embargo, a partir de la crisis de la poética estructuralista se produce un retorno a las doctrinas clásicas, que ya fueron revisadas en el siglo XVI (momento de esplendor y génesis de su declive posterior), intentando, desde diferentes enfoques y con distintas finalidades, retomar los hallazgos de la técnica discursiva, actualizándolos. Buena prueba de este resurgir de la retórica en la segunda mitad del siglo XX es la aparición masiva de manuales que sistematizan la tradición clásica, hasta desembocar en el Renacimiento, y que alcanzan a analizar de un modo más o menos pormenorizado (según los casos) las posturas actuales. Así, encontramos los manuales de Lausberg (dedicado *in extenso* al sistema clásico), Renato Barilli, Bice Mortara Garavelli, Vasile Florescu, James J. Murphy o, en el contexto de la retórica española, el libro de Antonio Azaustre y Juan Casas, sin olvidar el estudio histórico desarrollado en la Universidad de Cádiz por José Antonio Hernández Guerrero y M.^a Carmen García Tejera³. A este respecto es necesario destacar el artículo publicado en la revista *Glosa*

¹ Calixto Hornero: *Elementos de Retórica con ejemplos latinos de Cicerón y castellanos de Fr. Luis de Granada* (Madrid: Ibarra, 1777). Luis de Mata y Araujo: *Elementos de Retórica y Poética* (Madrid: Norberto Llorenç, 1829). Joaquín María López: *Lecciones de elocuencia en general, de elocuencia forense, de elocuencia parlamentaria y de improvisación* (Madrid: Imprenta de D. M. Gabeiras, 1849). José Coll y Vehí: *Elementos de literatura* (Madrid: Rivadeneyra, 1857).

² Ernesto Grassi: *La filosofía del Humanismo. Preeminencia de la palabra* (Barcelona: Anthropos, 1993).

³ Heinrich Lausberg: *Manual de Retórica literaria* (Madrid: Gredos, 1960) 3 vols. Renato Barilli: *Retorica* (Milán: ISEDI, 1979); y *Poética e Retorica* (Milán: Mursia, 1984). Bice Mortara Garavelli: *Manual de Retórica* (Madrid: Cátedra, 1991). Vasile Florescu: *La retorica nell suo sviluppo storico* (Bolonja: Il Mulino, 1971); *Retorica si neoretorica* (Bucarest: Ed. De l'Académie roumaine, 1973). James J. Murphy: *La Retórica en la Edad Media* (México: Fondo de Cultura Económica, 1986); (ed.) *Sinopsis histórica de la Retórica clásica* (Madrid: Gredos, 1989); (ed.) *La elocuencia en el Renacimiento. Estudios sobre la teoría y la práctica de la retórica renacentista* (Madrid: Visor, 1999). Antonio Azaustre y Juan Casas: *Manual de Retórica española* (Barcelona: Ariel, 1997). José Antonio Hernández Guerrero y M.^a Carmen García Tejera: *Historia breve de la Retórica* (Madrid: Síntesis, 1994).

por José Antonio Mayoral, bajo el título «La retórica en los años 90. Algunas ideas y referencias para un estado de la cuestión de los estudios retórico-literarios»⁴. En este artículo se analizan sucintamente las tendencias actuales de la teoría retórica y los proyectos de investigación, presentando asimismo un breve resumen de la doctrina del discurso, a través de las monografías más relevantes sobre este tema de estudio. Precisamente a José Antonio Mayoral se debe un profundo estudio sobre las figuras de la *elocutio*⁵, en el que aúna la tradición clásica y la lingüística, proporcionando un texto rico en doctrina y ejemplos, lo que dota de un inestimable valor a su trabajo. También es necesario destacar aquí el plan de trabajo diseñado en el C.S.I.C., bajo la dirección de Miguel Ángel Garrido Gallardo, para la recuperación y estudio de los principales manuales de retórica del siglo XVI, lugar de ruptura y nueva sistematización de la doctrina clásica, y que ha de conducir, a medio plazo, a una visión general que permitirá constatar los elementos más relevantes de la teoría retórica de este período, cuyos frutos se han materializado ya en la monografía de Luis Alburquerque *El arte de hablar en público. Seis retóricas famosas* y en el trabajo de Ángel Luis Luján sobre la doctrina retórica elaborada por el «foco de Valencia»⁶. En consonancia con este estudio de la situación de la retórica en el siglo XVI, es destacable la corriente iniciada por Luisa López Grigera⁷, consistente en el análisis de obras literarias del Siglo de Oro, a la luz de las *partes artis* determinadas por la doctrina retórica, y el establecimiento de una división, más académica y didáctica que real, de las principales perspectivas fundamentadas en la adscripción a las corrientes clásicas o renovadoras: «ciceronianos», «ramistas» y «anticiceronianos», junto con los seguidores de la escuela post-aristotélica, centrada en la retórica bizantina, concretamente en Hermógenes. Dentro de esta sistematización del pensamiento renacentista, al que acompaña dicho análisis crítico-textual, resultan fundamentales las valiosas aportaciones de Elena Artaza, tanto en lo referente a la *narratio*, como en la recuperación y traducción del *corpus* de los capítulos más logrados, de cada una de las *partes artis*, de obras de humanistas hispanos⁸.

Este resurgir de la retórica, como eje de nuevas perspectivas teóricas y críticas, tiene su origen en la obra de Ch. Perelman y L. Olbrechts-Tyteca *Traité*

⁴ José Antonio Mayoral: «La Retórica en los años 90. Algunas referencias para un estado de la cuestión de los estudios retórico-literarios», en *Glosa*, 6 (1995), pp. 91-123.

⁵ José Antonio Mayoral: *Figuras retóricas* (Madrid: Síntesis, 1994).

⁶ Luis Alburquerque García: *El arte de hablar en público. Seis retóricas famosas* (Madrid: Visor, 1995). Ángel Luis Luján Atienza: *Retóricas españolas del siglo XVI. El Foco de Valencia* (Madrid: C.S.I.C., 1999).

⁷ Luisa López Grigera: «Introducción al estudio de la Retórica en el siglo XVI en España», en *Nova Tellus*, 2 (1984), pp. 93-111. «La retórica como código de producción y de análisis literario», en Graciela Reyes (ed.): *Teorías literarias de la actualidad* (Madrid: Ediciones El Arquero, 1989) pp. 135-161. *La Retórica en la España del Siglo de Oro* (Salamanca: Ediciones de la Universidad de Salamanca, 1994).

⁸ Elena Artaza: *El ars narrandi en el siglo XVI español* (Bilbao: Universidad de Deusto, 1989). *Antología de textos retóricos españoles del siglo XVI* (Bilbao: Universidad de Deusto, 1997).

de l'argumentation. *La nouvelle rhétorique*⁹ (1958). Se trata de una línea neo-retórica que se ha dado en llamar «retórica filosófica», y cuyo continuador más destacado es Renato Barilli (*Poetica e Retorica*). El extenso tratado de Perelman y Olbrechts-Tyteca hunde sus raíces en la doctrina aristotélica sobre la argumentación, asumiéndola desde los presupuestos de la dialéctica (tanto desde la perspectiva de la *Retórica* del Estagirita, como desde los *Tópicos*¹⁰), y ampliando el campo de acción de la lógica argumentativa a distintos ámbitos del discurso moderno, desde la publicidad a la política, la filosofía o el derecho (lo que entroncaría, a su vez, con el pasado de la argumentación, ligada al discurso forense)¹¹. Desde el mismo comienzo de la obra los autores se proponen acabar «con la concepción de la razón y del razonamiento que tuvo su origen en Descartes»¹²; es decir, se trata de devolver al razonamiento, a la capacidad de deliberar y argumentar, el papel fundamental que ejerció en la Antigüedad, o sea, para demostrar, teniendo en cuenta al auditorio, con el fin de convencerlo (el *movere* como finalidad discursiva). Esta argumentación se basa en la incompatibilidad entre los razonamientos analíticos y los razonamientos dialécticos, pertenecientes éstos a una «lógica informal», como instrumento de convicción. Es precisamente éste, el protagonismo recuperado por el oyente, uno de los rasgos que Antonio García Berrio destaca de esta «nueva retórica». En su *Teoría de la literatura* analiza con detalle este proceso, esta consideración retórico-pragmática del predominio del receptor¹³. Ello conduce a que se plantee como un elemento de capital importancia la relación entre emisor y receptor en torno a la interpretación, basada en la «buena voluntad» de los intérpretes, por lo que «la fórmula técnica del compromiso para esta disyuntiva en el caso de Perelman viene a coincidir también en líneas generales con la distinción entre centro *sémico* y *periferia* connotativa»¹⁴. Y esto es la consecuencia de la diferencia entre «signo» e «indicio», con la mayor objetividad evocativa del segundo¹⁵. Por consiguiente, la posición retórica de Perelman está abierta al fenómeno de la pluralidad interpretativa, de acuerdo con un método antiformalista que permita recuperar la argumentación retórica, frente a la insuficiencia de los métodos formales tanto de la lógica como de la interpretación del signo, sea cual fuere su naturaleza. Se trata, parafraseando el ya conocidísimo

⁹ Ch. Perelman y L. Olbrechts-Tyteca: *Tratado de la argumentación (La nueva Retórica)* (Madrid: Gredos, 1989).

¹⁰ Así lo expresan los autores: «Nuestro análisis se refiere a las pruebas que Aristóteles llama dialécticas, que examina en los *Tópicos* y cuyo empleo muestra en la *Retórica*»; en Ch. Perelman y L. Olbrechts-Tyteca, p. 35.

¹¹ En este sentido cabe destacar el estudio de Vincenzo Lo Cascio *Gramática de la argumentación* (Madrid: Alianza, 1998), donde, siguiendo la estela de Perelman y Olbrechts-Tyteca, se analizan todos los aspectos referentes a la argumentación, en sus diferentes manifestaciones.

¹² Ch. Perelman y L. Olbrechts-Tyteca, p. 30.

¹³ Antonio García Berrio: *Teoría de la literatura. La construcción del significado poético* (Madrid: Cátedra, 1994), pp. 83-84.

¹⁴ A. García Berrio, *Teoría de la literatura*, p. 83.

¹⁵ Ch. Perelman y L. Olbrechts-Tyteca, pp. 201-202.

artículo de Manuel Asensi¹⁶, de establecer una relación retórica/hermenéutica basada en esa psicagogía que establece la necesidad de la presencia del emisor y del receptor, y la implicación de esa presencia y de la verdad, pues la presencia significa *habla y persuasión*, como instrumento de la verdad. Manuel Asensi establece la pertenencia a esta corriente de Hans-Georg Gadamer, Paul Ricoeur o Michael Meyer, entre otros¹⁷.

Pero la finalidad de Perelman y Olbrechts-Tyteca no es establecer un método formal, como marco teórico general que pueda fijar una perspectiva crítica válida para cualquier producto estético, pues su marco apropiado es la lógica argumentativa, como método de deducir, calcular y argumentar. Se trata más bien de un «prudente deslinde» que deja la especulación a cargo de «lógicos y filósofos de las ciencias»¹⁸. Aquí se halla, en efecto, el mayor punto de divergencia entre la postura de Perelman y la de Gadamer, pues éste último plantea la cuestión capital de la verdad en el plano de la experiencia estética¹⁹, mientras que —a su vez— Ricoeur se centra en la metáfora en un ámbito más puramente poético, alejado, por tanto, de los valores persuasivos de la palabra, pero en el contexto de una hermenéutica basada en la semántica, como eje de la semiótica²⁰. En este sentido, para Gadamer la retórica no es una ciencia, sino un arte no artificial (entroncando así en buena medida con la consideración de Aristóteles), siendo la retórica y la hermenéutica ingredientes de una filosofía práctica. En opinión de Gadamer, la hermenéutica toma de la retórica varios instrumentos²¹, variando en parte, según nuestra opinión, la dicotomía oralidad (retórica)/escriturad (hermenéutica), para pasar a una simbiosis como partes fundamentales en la generación y análisis del discurso. Paul Ricoeur une a la retórica y a la hermenéutica la poética como disciplina asimismo propia del discurso²², y,

¹⁶ Manuel Asensi: «Retórica logográfica y psicagogías de la Retórica (Notas sobre la Retórica en la actualidad)», en *Revista de Literatura*, LII, 103 (1990), pp. 5-46.

¹⁷ M. Asensi, p. 25.

¹⁸ A. García Berrio: «Retórica como ciencia de la expresividad (Presupuestos para una Retórica General)», en *Estudios de Lingüística. Universidad de Alicante*, 2 (1984), pp. 7-59; p. 19. Este artículo es la versión española de su artículo «Il ruolo della retorica nell'analisi/interpretazione dei testi letterari», en *Versus*, 35-36 (1983), pp. 99-154, y que en buena medida aparece sintetizado en su trabajo «Retórica General literaria o poética general», en *Investigaciones semióticas III* (Madrid: U.N.E.D., 1990), pp. 11-21.

¹⁹ M. Asensi, p. 23.

²⁰ M. Asensi, pp. 30 y ss.

²¹ Maurice Beuchot: *La retórica como pragmática y hermenéutica* (Barcelona: Anthropos, 1998), pp. 116 y ss.

²² Paul Ricoeur: *La metáfora viva* (Madrid: Ediciones Cristiandad/Editorial Trotta, 2001). La teoría de la metáfora y sus extensiones filosóficas, en relación con la teoría del conocimiento, la hermenéutica o la filosofía del lenguaje conoce un evidente momento de esplendor, como demuestra el volumen, entre otros autores y obras sobre la materia, publicado por Eduardo de Bustos: *La metáfora. Ensayos transdisciplinarios* (Madrid: Fondo de Cultura Económica/U.N.E.D., 2000). Frente a esta postura, Jacques Derrida: *La deconstrucción en las fronteras de la filosofía. La retirada de la metáfora*, introducción de Patricio Peñalver (Barcelona: Paidós/I.C.E.-U.A.B., 1989), donde se pretende una reorientación hacia Heidegger.

por tanto, punto de vinculación entre discurso y conocimiento humano. El filósofo francés, sin embargo, se aparta más de Gadamer en la formulación de la naturaleza de la retórica. Como indica Mauricio Beuchot: «Según Ricoeur, el imperio retórico comienza a desplegarse a partir de algo muy concreto, para llegar a tener la pretensión de abarcarlo todo, el campo entero del uso discursivo del lenguaje», situándose la retórica «a medio camino entre la necesidad, objeto de la lógica, y la pura contingencia, objeto de la sofística»²³, por lo que el auténtico lugar de la retórica, ante esta dualidad, es el punto medio, lo verosímil.

Por otra parte, el punto de unión entre la argumentación de Perelman y Olbrechts-Tyteca y la teoría filosófica de Toulmin, según indica Bice Mortara Garavelli, se halla en la argumentación apodíctica como caso particular de argumentación, que, dejando atrás lo verosímil, «desempeña un papel marginal en la vida y en las ciencias»²⁴. No obstante, la doctrina de Toulmin debe inscribirse por completo en los estrictos márgenes de la «lógica formal», siendo esta convergencia con Perelman una excepción²⁵. En todo caso, podríamos situar como puente entre ambas propuestas a Christian Plantin, quien —en su obra *L'argumentation* (1996)— traza una historia de la argumentación, partiendo de la retórica clásica, hasta alcanzar teorías actuales como la pragmática, la argumentación lógica o la interacción²⁶. Tampoco se halla en la *Poetica e Retorica* de Renato Barilli esa pretensión de una teoría general, pues su obra consiste en una continuación del camino trazado por Perelman, realizando una completa visión histórica de la relación entre retórica y dialéctica, con especial atención a las obras italianas. Asimismo, en confluencia con la visión de Perelman podemos encontrar la «retórica del silencio» de Paolo Valesio²⁷, quien también considera la retórica como un complemento de la dialéctica, siguiendo lo expuesto por Aristóteles al comienzo de su *Retórica*.

Con anterioridad al planteamiento neorretórico de Perelman y Olbrechts-Tyteca, en los años cuarenta había surgido en Estados Unidos una corriente de crítica también neorristotélica que pretendía recuperar el pensamiento clásico en su vertiente retórica. Edwin Black, en su obra *Rhetorical criticism* (1965), tras definir la retórica (no sólo de acuerdo con su formulación clásica, sino también con la actual) como la «ciencia de la expresividad» (si bien sus métodos actuales aún no han dado el fruto deseado²⁸) recoge este pensamiento en su tri-

²³ M. Beuchot, p. 127.

²⁴ B. Mortara Garavelli, p. 58n.

²⁵ La teoría lógica argumentativa de Stephen Toulmin se centra en aspectos tales como la probabilidad, la dependencia, las premisas universales, la hipótesis o las modalidades lógicas, partiendo de un método deductivo. Desde luego, nada que ver con la «lógica informal» de Perelman. Stephen Toulmin: *The uses of argument* (Cambridge: Cambridge University Press, 1999).

²⁶ Christian Plantin: *La argumentación* (Barcelona: Ariel, 1998).

²⁷ B. Mortara Garavelli, pp. 262 y ss. La obra de Valesio es *Ascoltare el silenzio: la retorica como teoria* (Bologna: Il Mulino, 1980).

²⁸ Edwin Black: *Rhetorical Criticism. A Study in Method* (Madison: University of Wisconsin Press, 1978), pp. 13 y ss.

ple formulación. Siguiendo la obra de Theodore M. Green *The Arts and the Art of Criticism* (1947), esta crítica vendría dividida en «crítica histórica» (determinar el valor de una obra en su contexto), «crítica recreativa» (análisis individual de la obra como creación única) y «crítica judicial» (estimar una obra de arte en relación con otras obras de arte y otros valores humanos)²⁹. El análisis de Green es, según Black, insatisfactorio, porque no demuestra que la recreación es propiamente una parte de la crítica, pero puede ser útil como punto de partida para el examen del neoaristotelismo³⁰, desde el momento en que la crítica judicial centra sus objetivos en los juicios a los discursos retóricos desde el punto de vista ético, lógico y estético³¹. Este es precisamente el punto de conexión que podríamos establecer *a priori* con la teoría de Perelman. Pero, según expone Black, el planteamiento es bien distinto. Para la crítica judicial es necesario plantearse si existe algún tipo de juicio por el que pueda ser única y completamente juzgado el discurso o, por otro lado, si la función adjudicatoria de la crítica neoaristotélica es la de recoger juicios basados en valores no-retóricos, pertenecientes a otras artes, que van desde la música o la danza, a la arquitectura. Estas cuestiones, en opinión de Black, han recibido muy poca respuesta en la historia moderna de la crítica retórica, incluida la de Herbert A. Wichelns³². Wichelns considera que este punto de vista devuelve toda la importancia a la alocución y sus formantes, para que el discurso sea recibido por el oyente, es decir, se refiere a la valoración de los efectos inmediatos del discurso. Para Black, este planteamiento carece de validez, pues se desconoce el contexto en que cada discurso (sobre todo los discursos clásicos) ha sido pronunciado y la reacción de los oyentes. Por tanto, E. Black llega a la conclusión de que la crítica neoaristotélica presenta graves carencias, al no poder responder a todas las condiciones de creación, emisión y recepción del discurso, a pesar de su pretendido afán de universalidad.

Posteriormente Black afronta la cuestión de la *creación/recepción* de la obra³³, que, si bien por parte del autor cubre la propuesta de seducción como sistema de valores, configurados como un intento de complicidad en un sistema de prejuicios, no obstante la reacción del receptor estará supeditada a un campo propio de maniobra, en el que caben tanto la adhesión como el rechazo y otros valores que el profesor García Berrio denomina «campo de estimaciones»³⁴.

La primera doctrina retórica nacida con la pretensión de generalidad es la del «Grupo de Lieja» (o «Grupo μ »), plasmada en su *Rhétorique générale* (1970). Se trata de un planteamiento estructural que intenta una posibilidad de

²⁹ E. Black, pp. 36 y ss.

³⁰ E. Black, pp. 42 y ss.

³¹ E. Black, pp. 60 y ss.

³² Herbert A. Wichelns: «The Literary Criticism of Oratory», en Donald C. Bryant (ed.), *The Rhetorical Idiom. Essays in Rhetoric, Oratory, Language, and Drama* (Ithaca: Cornell University Press, 1958).

³³ E. Black, pp. 150 y ss.

³⁴ A. García Berrio, «Retórica como ciencia de la expresividad...», pp. 40-41.

renovar el paradigma de las figuras, ancladas en una perspectiva clásica, pero sin una cobertura funcional teórica y práctica para fijar unas estructuras estables que definan determinados usos lingüísticos, considerando la literatura como un uso específico del lenguaje³⁵. Las figuras de la *elocutio* pasan a ser así elementos de «distorsión» del lenguaje, un *desvío*, en cualquiera de sus manifestaciones, adquiriendo carta de naturaleza en el seno de una semiótica del discurso, ya delimitada en el sistema elaborado por la Escuela de Tartu, como nos demuestra el trabajo de B. A. Ouspenski «La “corrección gramatical” y la metáfora poética»³⁶. Esta neoretórica de corte estructuralista (cuya manifestación más evidente es su identificación de la función poética con la función retórica³⁷) se encuadraría, según la dicotomía crítica ya reseñada, asumida por Manuel Asensi, en la retórica logográfica, es decir, centrada en la escritura, en la ausencia que marca la relación autor/lector en torno al discurso, en esta ocasión claramente literario³⁸. Por ello, este grupo, encabezado por Jacques Dubois, parte de la relación entre retórica y poética, con la *elocutio* como nexo de unión, reorganizando, desde los presupuestos teóricos aportados por el estructuralismo, la doctrina clásica francesa sobre los tropos, tal como quedó fijada por Du Marsais (*Traité des tropes*, 1730) y por Fontanier (*Les figures du discours*, 1830). A partir de esta base teórica se produce una integración de las figuras y los tropos en el sistema de la crítica formalista, hasta «desmantelar» los mecanismos formales de la antigua retórica³⁹, perdiendo, además, su *status* de pretendida Retórica General, al centrar únicamente su objeto de estudio «en las listas de figuras e inventarios orgánicos más o menos afortunados, delineados desde presupuestos categoriales bastante simples del estructuralismo lingüístico o de la teoría de la comunicación»⁴⁰. Este formalismo alcanza su mayor profundidad en la aproximación de Tzvetan Todorov al problema de la relación entre lenguaje natural y el sistema de simbolización, equiparando función retórica

³⁵ Groupe m : *Rhétorique générale* (París: Éditions du Seuil, 1982), pp. XXV y 17, respectivamente.

³⁶ B. A. Ouspenski: «La “correction grammaticale” et la métaphore poétique», en Y. M. Lotman y B. A. Ouspenski (eds.): *École de Tartu. Travaux sur les systèmes de signes* (Bruselas: Éditions Complexe, 1976), pp. 218-221.

³⁷ A. García Berrio, «Retórica como ciencia de la expresividad...», p. 10. Ahora bien, si asumimos la crítica realizada por Richard Ohmann, en su artículo «Los actos de habla y la definición de literatura», al sistema establecido por Jakobson en sus *Essais de linguistique générale* (1963), en cuanto al no predominio de una función sobre otra(s) y, sobre todo, a que «una obra literaria tiende a atraer dicha atención *porque* sabemos que es una obra literaria, en lugar de probar que es una obra literaria por atraer un tipo de atención adecuado», esta identificación de Barthes queda también derruida; el texto de R. Ohmann lo tomamos en su traducción española, recogida en José Antonio Mayoral (ed.): *Pragmática de la comunicación literaria* (Madrid: Arco/Libros, 1987), p. 20.

³⁸ M. Asensi, pp. 8-9.

³⁹ José María Pozuelo Yvancos: *Del Formalismo a la Neoretórica* (Madrid: Taurus, 1988), p. 184.

⁴⁰ Antonio García Berrio: «Más sobre la globalidad crítica», en Pedro Aullón de Haro (ed.), *Teoría de la crítica literaria* (Madrid: Trotta, 1994), pp. 511-541; p. 526.

con literariedad⁴¹. Siguiendo esta línea, Roland Barthes centra su análisis en las relaciones formales establecidas entre los componentes del discurso. Como indica Manuel Asensi, Barthes —en su trabajo «El análisis retórico»— «identifica la literatura con un código retórico, es decir, con una semiótica connotativa»⁴². En su tarea de defender y ampliar esta perspectiva teórica, el estructuralista francés se ve en la necesidad de mezclar la terminología extraída de la retórica clásica con conceptos provenientes del estructuralismo lingüístico y la crítica marxista, asumiendo asimismo el concepto de desvío, como alejamiento intencionado de lo denotado a partir del estilo. Para otro estructuralista, Jean Cohen, en la introducción a su obra *El lenguaje de la poesía*, el desvío se produce únicamente en el plano sintagmático, pues «Cualquier desvío [...] sólo se constituye a partir de la aplicación incorrecta de las reglas combinatorias de las unidades lingüísticas. El tropo o cambio de sentido no es desvío, sino reducción del desvío, y como tal interviene en todas las figuras»⁴³. Ello supone una visión sintetizadora del problema planteado en cuanto al *status* del lenguaje figurado en el sistema lingüístico, relacionado con el concepto de «connotación» de Hjelmslev, como inserción de elementos intuitivos que, aun transgrediendo la norma, forman parte fundamental del sistema, con una función lingüística particular. Pero esto viene a redundar, directa o colateralmente, en los aspectos reseñados y difícilmente sostenibles de la neoretórica estructural, basada en las funciones de Jakobson y en la resolución del problema del *desvío* a partir de estructuras meramente intralingüísticas, sin tomar en consideración otros aspectos psicológicos y poético-imaginarios, que sí pueden responder a la explicitación de estas rupturas de la norma, en los diferentes planos lingüísticos, desde el empleo de giros fonéticos determinados, por ejemplo, a las subcategorizaciones anómalas. En el contexto del estudio de la metáfora y de las subcategorizaciones en el texto poético, sin lugar a dudas sería necesario hallar una respuesta satisfactoria que sólo la poética generativa⁴⁴ puede proporcionar, pero no en el sentido estructuralista de *desvíos*, sino como unas estructuras de superficie particulares, simbólicas, y, por tanto, cargadas de valor estético por sí mismas (y así aceptadas por el receptor), salvando ese valor estético su posible consideración como proposiciones agramaticales o inaceptables.

Por su parte, Gérard Genette, partiendo de la neoretórica estructuralista, también plantea una sistematización lingüística de las figuras, pero o bien para considerar el componente retórico, básicamente metafórico, del lenguaje poético y del lenguaje en general⁴⁵, como método de análisis de la obra literaria; o bien sólo para alcanzar una definición válida de estilo (lo que viene a entroncar

⁴¹ M. Asensi, p. 14.

⁴² M. Asensi, p. 11.

⁴³ Jean Cohen: *El lenguaje de la poesía* (Madrid: Gredos, 1982), pp. 19 y ss.

⁴⁴ Esta opinión nuestra se apoya en buena medida en Jean-Jacques Thomas y Daniel Delas: *Poética generativa* (Buenos Aires: Hachette, 1989).

⁴⁵ Gérard Genette: «La Retórica ilimitada», en *Figuras III* (Barcelona: Lumen, 1989), p. 38.

con esa relación *elocutio/poética* a la que antes aludíamos). Para el teórico francés, en su libro *Ficción y dicción*⁴⁶, es necesario revisar la definición de connotación aportada por Hjelmslev, que constituye una significación complementaria que viene a sumarse a la denotación, pero además constituye un caso particular de ejemplificación, que se suma a la denotación. La connotación, por tanto, es algo más que un valor derivado, enteramente basado en las formas de denotar, asumiendo todos los valores extradenotativos o, lo que es lo mismo, todos los efectos estilísticos. Además, Genette considera oportuno añadir a las dos modalidades de ejemplificación ya estipuladas por él en otro lugar de la obra (la literal y la metafórica o referida a la expresión) una tercera posibilidad, consistente en la *ejemplificación metonímica*, constituída por la relación de contigüidad establecida por una palabra y otros conjuntos a la que se encuentra vinculada de forma característica, por lo que vendría a relacionarse con los campos semánticos de configuración asociativa, cuya teoría fue establecida por Charles Bally⁴⁷. A través de este juego de ejemplificaciones, connotaciones y denotaciones, Genette entra en el terreno de los tropos, mediante el valor evocativo de una determinada palabra, para, a continuación, establecer un sistema de los tropos y las figuras mediante su relación con la forma o el sentido, y con su grado de influencia a una o más palabras⁴⁸. Tras analizar cada uno de los grupos de figuras, establece su propia definición de estilo: «El estilo consiste, pues, en el conjunto de propiedades remáticas ejemplificadas por el discurso, en el nivel “formal” (es decir, físico, de hecho) del material fónico o gráfico, en el nivel lingüístico de la relación de denotación directa y en el nivel figural de la denotación indirecta»⁴⁹. Pero todo este trazado teórico de Genette no supone en modo alguno una teoría general retórica, a pesar de su aceptación de los postulados neoaristotélicos que le llevan a asumir las doctrinas expuestas por Käte Hamburger en su *Logique des genres littéraires*⁵⁰, precisamente en lo tocante a la teoría de la ficción⁵¹, dejando a un lado aspectos primordiales de la *Retórica* del Estagirita, como es la lógica argumentativa y su relación con la *elocutio*.

Luigi Heilmann, en su artículo de 1978 «Rhetoric, new rhetoric and linguistic theory»⁵², intenta poner remedio a algunas de las carencias de las que la doctrina anterior adolecía, formulando una teoría retórica basada en la interdisciplinariedad. Sostiene que la neoretórica es un problema epistemológico de primer orden, cuyo origen se sitúa en la teorización ciceroniana. En su opinión, es de suma importancia hacer un estudio de las estructuras de la argumentación

⁴⁶ Gérard Genette: *Ficción y dicción* (Barcelona: Lumen, 1993), pp. 81 y ss.

⁴⁷ Charles Bally: «L' arbitraire du signe», en *Le français moderne*, 8 (1940), pp. 193-206.

⁴⁸ G. Genette, *Ficción y dicción*, pp. 101 y ss.

⁴⁹ G. Genette, *Ficción y dicción*, p. 107.

⁵⁰ Käte Hamburger: *Logique des genres littéraires* (París: Seuil, 1986).

⁵¹ G. Genette, *Ficción y dicción*, p. 17 y ss.

⁵² Luigi Heilmann: «Rhetoric, New Rhetoric, and Linguistic Theory», en *Folia linguistica*, XII, 3-4 (1978), pp. 285-300.

dentro del marco de trabajo de diferentes ciencias. En lo concerniente a la teoría lingüística, cabría dilucidar la naturaleza de las estructuras retóricas y su relación con otras estructuras del sistema lingüístico y de la poética y la literatura. Para Heilmann, en el marco estructural que considera el lenguaje como un sistema de valores, la retórica tiene por objeto las estructuras marcadas del lenguaje. Desde la perspectiva epistemológica que asigna como núcleo del sistema lingüístico el nivel morfológico, propone una jerarquía de figuras, situando en el extremo superior las morfosintácticas y en el inferior las semánticas y fonémicas. Propone, además, desde una óptica lingüística, dos estructuras conectadas, una estructura gramatical y una estructura retórica secundaria o superestructura. Esta superestructura es la estructura marcada, por lo que a la retórica le concierne el estudio de los procedimientos connotacionales. Como vemos, el sistema establecido por Heilmann se basa sólo en actantes lingüísticos, pertenecientes al paradigma gramatical, deviniendo nuevamente en los valores connotativos de las figuras, valores, por otra parte, no ausentes en la expresividad lingüística del hablante, ajeno por completo a los productos expresivos aportados por la literatura. De este modo Heilmann retoma el ya tópico neoretórico de establecer relaciones entre gramática y *elocutio*, aun cuando las figuras no sólo afecten al plano de la expresión, sino que también estén íntimamente relacionadas con la *inventio*, como sucede con la *etopeya* y su relación con el *pathos*, como acertadamente determinó la doctrina clásica asumida por los tratadistas del Renacimiento, punto de conexión de esta perspectiva inequívocamente humanista.

En este sentido, y ante la confusión teórica y crítica creada por esta avalancha de estudios que tienen la retórica como objetivo común, se hacen necesarias dos tareas, subordinada la primera a la segunda: a) recuperar nuestros textos de retórica para alcanzar unas estructuras que nos permitan conocer en profundidad los cimientos y mecanismos del discurso en sus vertientes ficcionales y no ficcionales, de tal modo que b) podamos establecer una teoría general actualizada que posea una vertiente de abstracción que recoja las aportaciones multidisciplinarias de las distintas ciencias del discurso, con su extensión a la crítica discursiva en sus diferentes manifestaciones artísticas.

En el ya reseñado artículo de 1983⁵³, «Il ruolo della retorica nell'analisi/interpretazione dei testi litterari» (y su posterior traducción), Antonio Gar-

⁵³ Ya en ese mismo año de 1983, Antonio García Berrio y Tomás Albaladejo, en el artículo «Estructura composicional. Macroestructuras», habían propuesto una integración entre la poética lingüística, la retórica y la lingüística, como el método más válido de interpretación textual. En este artículo (pp. 170-171) se llega a la siguiente conclusión: «El estudio de la estructura composicional del texto se amplía con el desarrollo de la semiótica lingüística y con el desarrollo paralelo de la semiótica literaria o poético-lingüística, que son resultado de la mencionada ampliación constante de la Lingüística»; en Antonio García Berrio y Tomás Albaladejo: «Estructura composicional. Macroestructuras», en *Estudios de Lingüística. Universidad de Alicante*, 1 (1983), pp. 127-180. Para una visión sintetizada del planteamiento de esta Retórica General, José María Pozuelo Yvancos: *Teoría del lenguaje literario* (Madrid: Cátedra, 1992), pp. 159-161.

cía Berrio defiende una novedosa postura ante el hecho literario, que es, en su propia naturaleza, un hecho retórico. Comienza analizando las dos posturas básicas de aproximación a la retórica, acaecidas en los últimos decenios: la perspectiva historiográfica, personificada en Heinrich Lausberg; y la postura encabezada por el Grupo μ , entre otros, que ha buscado la integración de la retórica en las ciencias del discurso, tales como la lingüística, la poética o la semiología, si bien una cierta precipitación crítica ha venido a desviar esta postura doctrinal hacia aspectos muy concretos (como es el caso del estudio de la metáfora) o excesivamente generales, como la consideración de esa nueva retórica como un mecanismo universal de persuasión⁵⁴. Se tratará, en todo caso, de insertar la retórica en un marco teórico donde aparezca relacionada no sólo con la dialéctica (como llevaron a cabo Perelman y Olbrechts-Tyteca), sino también con la lingüística y la lingüística del texto, para alcanzar progresivamente una integración interdisciplinar que pueda dar cuenta del texto artístico en sus diferentes niveles y propiedades, asumiendo asimismo otras técnicas extraídas de la teoría literaria contemporánea, desde la «poética del imaginario» (representada en sus hallazgos y aplicaciones por Jean Burgos o el propio García Berrio) hasta la *estética de la recepción*, la *pragmática* (fundamental ya en la retórica clásica) o la *deconstrucción*. Una vez alcanzada la fase de superación de las deficiencias analíticas tanto del sistema retórico clásico como de la poética lingüística, se debe establecer la relación entre lingüística y retórica, a través de un pormenorizado estudio de la tradición retórica, desde la Antigüedad hasta el siglo xx, introduciendo calas en otras ciencias, como la dialéctica, la semiótica, la pragmática, la lingüística del texto y la sociolingüística⁵⁵. Se trata de una ardua tarea, que debe realizarse de manera ineludible para alcanzar esa nueva teoría y crítica del texto que nos debe proporcionar esa Poética General o Retórica General, pretensión ya esbozada en algunos de nuestros textos de teoría retórica del Renacimiento, aunque de un modo menos completo (por razones históricas obvias). La formulación de los problemas que se nos plantearían en este nuevo sistema sería la siguiente⁵⁶:

- a) Redistribución de los conceptos de contenido y forma (*res-verba*) entre las tres operaciones retóricas básicas de *inventio*, *dispositio* y *elocutio*.
- b) Adecuada articulación de la sucesividad teórica en las partes del discurso retórico a la simultaneidad de las operaciones de enunciación verbal.
- c) El problema de las tipologías discursivas de la retórica tradicional, que establece tres tipos de discurso (judicial, deliberativo y demostrativo), taxonomía

⁵⁴ A. García Berrio, «Retórica como ciencia de la expresividad...», pp. 7 y ss.

⁵⁵ A. García Berrio, «Retórica como ciencia de la expresividad...», pp. 24 y ss. También Paolo Valesio aboga por esta confluencia de disciplinas; en Paolo Valesio: *Novantiqua. Rhetorics as a Contemporary Theory* (Bloomington: Indiana University Press, 1980), pp. 11-12.

⁵⁶ A. García Berrio, «Retórica como ciencia de la expresividad...», pp. 26 y ss.

que recoge un perfecto sistema retórico, pero no extrapolable a otros géneros discursivos en que se centra el estudio de la lingüística textual, como sucede con la lírica; mientras que la retórica clásica sí recoge otras taxonomías (como sucede con las *quaestiones* o los *status causae*) que hasta ahora no se han tenido en cuenta en los análisis de clasificación de discursos.

- d) El establecimiento de una tópica del discurso moderno a partir de los inventarios de tópicos clásicos, asumidos por la poética, a partir de la *inventio* retórica, que enlazaría, en esta nueva estructuración, con la psicolingüística, la sociolingüística, el psicoanálisis lingüístico y la antropología social.

Desde el punto de vista de esta actualización, el logro más importante sería el devolver a la retórica su papel como ciencia de la persuasión y lograr esa finalidad a través de la imbricación de instrumentos asumidos desde la interdisciplinariedad, de tal manera que se pueda preservar el indudable valor de las aportaciones clásicas, recuperadas por la neoretórica (como sucede con la doctrina de las figuras), junto con los nuevos instrumentos de crítica textual y de análisis del contexto de recepción. Ello debe de conducir a la configuración de la Retórica General, no como «lingüística de la expresividad», sino como instrumento que dé cuenta del texto artístico en los diferentes planos constitutivos que han de ser tomados en consideración por el crítico, desde la gestación intelectual a la recepción⁵⁷.

Se trata, pues, de la puesta en práctica de un planteamiento humanístico que debe devolver a la teoría y a la crítica literarias «una universalidad, globalidad o interdisciplinariedad»⁵⁸ perdidas. En este sentido apunta también el trabajo de 1990 de F. Vicente Gómez «Neoretórica y renovación epistemológica de los estudios lingüístico-literarios»⁵⁹, en el que el autor, tras delimitar qué es el objeto retórico, trata de fundar científicamente una interpretación de la retórica en el centro de las disciplinas del discurso, lo que supone una adecuada recuperación del pensamiento retórico, desde el punto de vista de dos planos, el filosófico y el lingüístico. Para ello fija una serie de «fases»:

- a) Fase cultural «fría», con una visión histórica que alcanzaría hasta la Edad Media.
- b) Fase cultural «caliente», que abarcaría el estudio de la retórica desde finales de la Edad Media, hasta los comienzos del siglo xx, período éste en que la retórica está desvinculada de la filosofía.
- c) Fase cultural «global», cuyo momento es el actual, época marcada por el desarrollo de los medios audiovisuales, cuya influencia debe de determinar un relanzamiento de la retórica.

⁵⁷ A. García Berrio, «Más sobre la globalidad crítica», pp. 526 y ss.

⁵⁸ J. M. Pozuelo Yvancos, *Del formalismo a la neoretórica*, p. 186.

⁵⁹ Francisco Vicente Gómez: «Neoretórica y renovación epistemológica de los estudios lingüístico-literarios», en *Investigaciones retóricas III* (Madrid: U.N.E.D., 1990), pp. 487-496.

Todo ello debe conducir, según este artículo, y en consonancia con lo expuesto por Antonio García Berrio, a la contrucción de una lógica de lo probable, al tiempo que la reevaluación de la retórica como búsqueda interdisciplinar es un aspecto de la aspiración humanística de nuestra época.

Próximo a esta doctrina se encuentra el trabajo de Ángel López García «Retórica y lingüística: una fundamentación lingüística del sistema retórico tradicional»⁶⁰, donde se defiende la retórica como ciencia universal e independiente, analizando el discurso mediante una trasposición de los instrumentos clásicos de la técnica retórica a nociones pragmáticas, estilístico-literarias y lingüísticas. Se trata, pues, de una adaptación del *corpus* de la retórica tradicional a las ciencias actuales que se ocupan del discurso⁶¹, rechazando, entre otras propuestas teóricas, la noción de «desvío», con todas sus extensiones metalingüísticas (connotación, ambigüedad, etc.), entendida —por tanto— como una gramática general de índole universal. Quizá el aspecto más interesante del trabajo de Ángel López García nos venga dado, por una parte, por la recuperación del problema de las modalidades discursivas, que desemboca en los planteamientos de las lógicas plurivalentes; por otra, la formulación del paralelismo entre las *partes artis* de la retórica clásica y la división de la semiótica, entendiendo la pragmática, como no puede ser de otra manera, como el marco que engloba y acoge el conjunto del discurso: así, a la *inventio* corresponde la semántica y a la *dispositio* la sintaxis, analizando López García la *elocutio* a la luz de la teoría estructuralista funcionalista, sea desde la teoría lingüística de la Escuela de Praga o del funcionalismo inglés. Este aspecto es importante, pues, como es bien sabido, la Escuela de Praga asume el concepto de lingüística como ciencia integradora de elementos extraídos de la psicología, de la filosofía, de la lógica y de la sociología, lo que redundará en los valores confluyentes de una ciencia general de la expresividad creadora del discurso, configurado mediante unas estructuras formales y estéticas.

Ahora bien, ¿cuáles son las aportaciones reales y concretas llevadas a cabo sobre la retórica, por parte de las actuales corrientes de la teoría y la crítica literarias?

En primer lugar, a partir de los trabajos iniciales del Grupo μ sobre la *elocutio*, los integrantes de esta corriente comenzaron una aplicación sistemática de los principios ya esbozados anteriormente sobre enunciados complejos pertenecientes a la narrativa y la poesía. En los últimos años, esta vertiente neorretórica ha tomado la comunicación visual como objeto de estudio. Así, Jean-Marie

⁶⁰ Ángel López García: «Retórica y lingüística: Una fundamentación lingüística del sistema retórico tradicional», en J. M. Díez Borque (ed.): *Métodos de estudio de la obra literaria* (Madrid: Taurus, 1985), pp. 601-653.

⁶¹ En esta misma línea de adaptación y diálogo entre la Retórica clásica y la Teoría de la literatura podemos destacar también las importantes aportaciones llevadas a cabo por Antonio López Eire: *Actualidad de la Retórica* (Salamanca: Hespérides, 1995) y *Retórica clásica y teoría literaria moderna* (Madrid: Arco Libros, 1997).

Klinkenberg, en su trabajo de 1987 «El signo icónico. La retórica icónica. Proposiciones»⁶², establece la estructura triádica del símbolo icónico, de acuerdo con la estructura ya tradicional del símbolo, si bien modificando sus elementos (que aquí pasan a ser «significante icónico», «tipo» y «referente»), pues es necesario solucionar los problemas planteados por este tipo de estructuras triangulares⁶³. Para esta modalidad retórica, el concepto de *desvío* sigue siendo fundamental, centrándose aquí en la ambigüedad del símbolo, obviamente en el plano del significante. Para ello establece una definición de «retórica tipológica» en los siguientes términos: «Aproximadamente, definiremos como retórico todo estímulo visual que puede referirse a un tipo, pero no se conforma a ese tipo», por lo que el desvío en su más pura concepción parece mantener su vigencia. De ahí Klinkenberg pasa a una *retórica transformativa*, según la cual el grado cero del mensaje icónico viene dado por la ley de la isotopía, imbricando así un elemento más extraído del metalenguaje estructuralista. Desde este punto de vista, lo fundamental será la multiplicidad y variabilidad de las reglas de transformación de un enunciado, a partir de una serie de figuras desviantes, que no establece el autor, pues es ése precisamente su próximo objetivo. Se trata, por tanto, de establecer una doctrina retórica sobre la que recaen los mismos problemas y deficiencias de la Retórica General ya considerada aquí. La perspectiva sigue siendo parcial y cargada del lastre de una sobresaturación elocutiva, tras el abandono de las restantes operaciones retóricas por parte del Grupo de Lieja.

Pero su parcialidad nos aleja de la integración interdisciplinar que anteriormente hemos venido en considerar como el camino más válido para alcanzar una Poética o Retórica General, bien fundada sobre las aportaciones de la teoría literaria más reciente, entre cuyas corrientes vamos a destacar, por su importancia, por una parte la *pragmática*, así como, dentro de ella, la *estética de la recepción*, y —por otra— la *deconstrucción*.

La pragmática, asumida como parte integrante de la lingüística del texto⁶⁴, se halla muy próxima a la retórica en su aplicación filológica, una vez superada la cuestión inicial consistente en delimitar qué tipo de acto de habla sería un texto literario. Esta cuestión fue debatida a partir de los planteamientos de Austin y de Searle —desde la lingüística teórica— frente a los de Martínez Bonati y Genette, desde la teoría literaria. De aquí surge el término «actos de fic-

⁶² Jean-Marie Klinkenberg: «El signo icónico: La retórica icónica. Proposiciones», en T. Todo-rov et al., *La crisis de la literariedad* (Madrid: Taurus, 1987), pp. 171-184.

⁶³ Es bien conocida la problemática planteada por este tipo de representación aplicada al significado, a partir del ya clásico triángulo de Ogden y Richards, hasta las representaciones de Stern, Ullmann o Lyons.

⁶⁴ En este sentido es crucial la obra de Francisco Chico Rico *Pragmática y construcción literaria. Discurso retórico y discurso narrativo* (Alicante: Universidad, 1987), en la que se profundiza en la relación retórica/pragmática, desde la perspectiva de la lingüística del texto y su aplicación sobre el texto narrativo. Para una visión de conjunto de esta relación retórica/pragmática, Tomás Albaladejo Mayordomo: «Algunos aspectos pragmáticos del sistema retórico», en M. Rodríguez Pequeño (comp.): *Teoría de la Literatura. Investigaciones actuales* (Valladolid: Universidad, 1993), pp. 47-61.

ción», para denominar el acto de habla ficcional⁶⁵. Pero fuera de esta disputa ya zanjada, no cabe duda de que las operaciones oratorias mantienen una relación evidente con las operaciones de los actos de habla, si bien en los discursos retóricos (sean oratorios o puramente literarios, es decir, ficcionales) predomina una intencionalidad clara de persuadir o convencer, o de embarcar al lector en el mundo ficcional, por lo que se encontrarían encuadrados en los actos perlocucionarios, de acuerdo con la tipología establecida por el propio Searle⁶⁶. En los últimos años, el componente retórico del discurso, de un acto de habla cualquiera, ha sido asumido sin reparo alguno, como podemos hallar en el estudio colectivo sobre pragmática lingüística *Les mots du discours*, a la hora de plantear la descripción de enunciados o las variables argumentativas⁶⁷. En este sentido, Pozuelo Yvancos destaca que en la pragmática tienen cabida desde la teoría de los actos de habla, hasta las cuestiones referidas a la emisión y recepción del texto (considerado este término en su sentido específicamente pragmático), tanto desde el punto de vista intratextual como extratextual (contexto, respuesta, reacción del receptor, etc...), junto con «los problemas que afectan a la *finalidad* del discurso y toda la teoría que le es anexa en poética y retórica»⁶⁸. Pozuelo Yvancos repasa las doctrinas que emparentan, de manera directa o indirecta, retórica y pragmática, de Lausberg a G. Leech o Arcuri⁶⁹, pero encuentra el problema de la extensión del campo de aplicación de uno y otro término, haciéndose necesaria una restricción, porque «de no hacerlo podemos llegar a la consideración de que *todo es retórico* precisamente en la medida en que todo es pragmático». Estos límites han sido establecidos en el artículo de Antonio García Berrio y Tomás Albaladejo «Estructura composicional. Macroestructuras», al que ya nos hemos referido anteriormente. En este trabajo se establece esta relación en los siguientes términos:

La pragmática lingüística está estrechamente relacionada con la lingüística del texto, habiéndose llegado a la elaboración de un modelo lingüístico-textual como la teoría de la estructura del texto y de la estructura del mundo ampliada II

⁶⁵ Para una visión más completa de esta polémica puede consultarse entre otros, G. Genette, *Ficción y dicción*, pp. 35 y ss. Antonio Garrido Domínguez: *El texto narrativo* (Madrid: Síntesis, 1993), pp. 241 y ss. José María Pozuelo Yvancos: *Poética de la ficción* (Madrid: Síntesis, 1993), pp. 73 y ss. Los textos de John Searle en los que se consideran las obras literarias desde el punto de vista de la Pragmática lingüística son «Actos de habla indirectos», en *Teorema*, VII (1977), pp. 23-42; y «Una taxonomía de los actos ilocucionarios», en *Teorema*, VII (1977), pp. 43-77.

⁶⁶ John Searle: *Actos de habla* (Madrid: Cátedra, 1990), pp. 31 y ss. En 1936 I. A. Richards, en *The Philosophy of Rhetoric* (New York: Oxford University Press, 1965), ya se había enfrentado a la relación entre el discurso (el *acto de discurso*) y su contexto, así como al carácter metafórico del lenguaje como aspecto esencial en la ambigüedad de la enunciación.

⁶⁷ Oswald Ducrot et. al.: *Les mots du discours* (París: Les Editions de Minuit, 1980), pp. 163 y 12, respectivamente. Una visión más amplia del papel de lo retórico en el análisis discursivo puede hallarse en Patrick Charaudeau: *Langage et discours. Éléments de sémiolinguistique (Théorie et pratique)* (París: Hachette, 1983), pp. 77 y ss.

⁶⁸ J. M. Pozuelo Yvancos, *Del formalismo a la neorretórica*, p. 196.

⁶⁹ J. M. Pozuelo Yvancos, *Del formalismo a la neorretórica*, pp. 196-197.

[...] con el que se intenta dar cuenta del objeto lingüístico, de la estructura referencial por él expresada, y de la estructura comunicativa en la que dicho objeto se encuentra inserto. Las relaciones que los tres grandes componentes semiótico-lingüísticos de dicho modelo mantienen entre sí reflejan la organización de la semiótica lingüística vigente en la actualidad; en esta organización metateórica la pragmática no está situada en el mismo plano que la sintaxis y la semántica, sino que funciona como base de estas otras dos disciplinas parciales [...]; el componente pragmático, que engloba los componentes sintáctico y semántico, está a su vez integrado en el que podemos llamar componente global textual, que equivale al último plano teórico del modelo lingüístico-textual, estando, pues, el nivel pragmático englobado, como único nivel integrante de manera directa, en el nivel textual [...]. Paralelamente a este esquema metateórico, la retórica posee una organización sintáctica (sintáctico-dispositiva) y una organización que atiende al referente (semántico-inventiva), estando ordenadas estas organizaciones a una estructura comunicativa (pragmático-actuativa), que recubre aquellas dos. La Retórica General poseerá, igualmente, una estructura semiótica de base pragmática y centrada en el texto como unidad lingüístico-comunicativa⁷⁰.

Como se puede apreciar, se trata de una aportación a la neoretórica, desde el punto de vista de la doctrina retórica clásica y desde el punto de vista de una lingüística textual, que tiene en la pragmática su base más firme.

Ya Aristóteles había fijado el carácter pragmático del discurso retórico, dejando sentadas las bases de una retórica fundamentada sobre los pilares de la ética y de la lógica. Este valor ético del discurso retórico es un punto de contacto con la actual lingüística de los actos de habla, pues si para el Estagirita el argumento debe ser verdadero, para Searle todo acto de habla se debe sustentar en la verdad de la información transmitida, ya que, de lo contrario, se trataría de un acto de habla fallido, aspecto éste, en cada una de sus dimensiones, tratado *in extenso* por Antonio López Eire, a través de los trabajos de J. Kopperschmidt⁷¹.

En este contexto de relación inherente entre retórica y pragmática, y a partir de las propuestas de Antonio García Berrio y Tomás Albaladejo, junto con las propuestas metateóricas de Teun A. van Dijk (consideradas desde su obra *Some Aspects of Text Grammar*, y en el análisis que lleva a cabo en *Text and Context* de los tópicos conversacionales o discursivos, de evidente aplicación literaria⁷²), José María Pozuelo Yvancos considera dos direcciones concretas de análisis:

- 1.^a) La estrecha relación entre *dispositio* y pragmática.
- 2.^a) La relación entre géneros del discurso y pragmática, ya considerada por Aristóteles, a partir de los tres géneros oratorios⁷³.

⁷⁰ A. García Berrio y T. Albaladejo Mayordomo, «Estructura composicional...», p. 140.

⁷¹ A. López Eire, *Actualidad de la Retórica*, pp. 31 y ss. En esta misma obra se puede encontrar una visión más completa de la relación retórica/pragmática, en el capítulo final, pp. 135 y ss.

⁷² Teun A. van Dijk: *Some aspects of Text Grammar* (La Haya: Mouton, 1972); *Texto y contexto (Semántica y pragmática del discurso)* (Madrid: Cátedra, 1993).

⁷³ J. M. Pozuelo Yvancos, *Del formalismo a la neoretórica*, p. 198.

Pero no sólo la *inventio* y la *dispositio* mantienen un estrecho contacto con la pragmática: también la *elocutio* posee tal relación. En un reciente estudio Stefano Arduini⁷⁴ ha expuesto, desde los presupuestos de la Retórica General, una teoría de las figuras que supera los análisis meramente lingüísticos (y, por tanto, el planteamiento y los resultados del Grupo μ). En este sentido, Arduini deshace el concepto de desvío, aduciendo que las figuras son procedimientos cognitivos que sustentan nuestra estructura conceptual y organizan nuestra visión del mundo. Tras recoger las bases teóricas establecidas por Janos S. Petöfi y Tomás Albaladejo, en torno al proceso de intensionalización-extensionalización textual efectuadas por *inventio* y *dispositio*, Arduini aboga por una perspectiva teórica cercana a G. B. Vico o Paolo Valesio, en tanto que la figura se constituye en el único poder creativo e innovador del lenguaje, modificando el profesor italiano el análisis tradicional de la metáfora, la metonimia, la sinécdoque, la antítesis, las figuras de repetición y la elipsis, para lo cual introduce el concepto de *implicatura* aportado a la pragmática por Grice. Ello le permite considerar estas figuras no como un desvío de la norma, sino como una suma de valores añadidos centrada en el intercambio discursivo entre emisor y receptor. Por último, es necesario indicar cómo Stefano Arduini conecta (cumpliendo con las bases teóricas de la Retórica General delineada por Antonio García Berrio) esta teoría de las figuras con aspectos pertenecientes a la psicología y al psicoanálisis, con la teoría del imaginario antropológico de Durand (y, por tanto, con la poética del imaginario de Jean Burgos) o con las investigaciones de N. Frye acerca de la creación de mitos, lo que crea una red de relaciones intra y extratextuales que demuestran los alcances de las figuras (como creación discursiva, no como simple ornato) en relación con universales antropológicos de la expresión.

Por otra parte, para el profesor Pozuelo es necesario recuperar y estudiar en profundidad la *memoria* y la *actio* en un contexto asimismo pragmático, tras haber sido desechadas estas *partes artis* por los tratadistas renacentistas por ser la primera una cualidad natural y la segunda hallarse emparentada con las artes gestuales teatrales, ajenas a la retórica⁷⁵. Otros inconvenientes a este respecto han sido aducidos por Chatman o Plett (su dificultad de sistematización, por ejemplo), pero Pozuelo Yvancos defiende una recuperación, en el ámbito de esta Retórica General, de los valores didácticos y pedagógicos de la retórica tradicional, en consonancia con una hermenéutica de los receptores, su competencia interpretativa, tal como defiende van Dijk en sus trabajos sobre estructuras y macroestructuras de distintos tipos de textos. Finalmente, Pozuelo Yvancos defiende la visión integradora de Antonio García Berrio en lo concerniente a una Retórica General que aborde «desde nuevas perspectivas las viejas cuestiones de persuasión, *movere*, etc. La nueva perspectiva integra estas

⁷⁴ Stefano Arduini: *Prolegómenos a una teoría general de las figuras* (Murcia: Universidad de Murcia, 2000).

⁷⁵ V. gr. J. L. Vives: *Las disciplinas*, ed. Lorenzo Riber (Madrid: Orbis, 1985), vol. I, p. 172 y ss.

cuestiones con la teoría bajtiniana de las voces. A. García Berrio completa el esquema bajtiniano añadiendo la consideración de los *valores y estimaciones* en la compleja relación que en el texto literario se da entre el emisor y los receptores. A ello une la necesidad de integrar la vieja casuística proporcionada por la historia literaria en lo que propone llamar una «Retórica General como retórica de la apreciación»⁷⁶. Tomás Albaladejo⁷⁷ nos ofrece la relación entre polifonía y poliacroasis (o recepción múltiple). Si en una primera aproximación a la polifonía, tal como quedó expuesta por M. Bajtin (v.gr. en su *Teoría y estética de la novela*⁷⁸), ésta muestra la pluralidad social ofrecida por el texto literario, ahora aparece aplicada por el profesor Albaladejo a los géneros oratorios, formados por una mezcla de componentes. Por ello, destaca tres factores que articulan la polifonía en las asambleas políticas: un factor o componente relativo a las ideas representadas, un factor ético y un factor o componente estético, que incluye la relación en el lenguaje entre lo conceptual y lo ético. Paralelamente a la polifonía, existe otra actividad, la poliacroasis, es decir, la audición múltiple o plural, a partir de las interpretaciones diferentes del discurso. Ya en la preceptiva retórica clásica existe una adecuación del discurso al auditorio, a su sustrato ideológico. Según Tomás Albaladejo, la poliacroasis permite distinguir entre los oyentes quiénes están capacitados para asumir o no el discurso.

Por este motivo, la relación que se debe establecer entre retórica y estética de la recepción es evidente, tanto de acuerdo con los presupuestos teóricos establecidos por Kant en su *Crítica del juicio estético*, es decir, una teoría del gusto estético a partir de los receptores, como de acuerdo con el análisis de la recepción discursiva de textos literarios concretos, o con el análisis del *movere* y del *delectare*, según quedaba ya establecido en la adecuación clásica del discurso a los oyentes.

El trabajo de Hans Robert Jauss *Experiencia estética y hermenéutica literaria*⁷⁹ quizá se adecúe a las necesidades de la Retórica General con mayor exactitud que otros, al tomar como eje de su estudio una tripartición que acoge la actividad creadora (ποίησις), la actividad receptora (ἀσθησις) y la mediación de la catarsis (κάθαρσις), entrocando así, además, con los valores éticos y morales con que la doctrina clásica había provisto el discurso. Jauss se interna también por los caminos de lo cómico o lo ridículo (el llamado *argumentum risibile* en la retórica clásica) y por la identificación del lector con el héroe, considerando también la interacción de la lírica con la realidad, lo que lo

⁷⁶ J. M. Pozuelo Yvancos, *Del formalismo a la neorretórica*, pp. 201-202. Para estas consideraciones del profesor García Berrio: A. García Berrio, «Il ruolo della retorica...», pp. 134-140.

⁷⁷ Tomás Albaladejo Mayordomo: «Polifonía y poliacroasis en la oratoria política. Fundamentos para una oratoria bajtiniana», en *Actas del II Congreso Internacional «Retórica, Política e Ideología»*, Salamanca, Noviembre-1997 (en prensa).

⁷⁸ Mijail Bajtin: *Teoría y estética de la novela* (Madrid: Taurus, 1991).

⁷⁹ Hans Robert Jauss: *Experiencia estética y hermenéutica literaria* (Madrid: Taurus, 1992).

convierte quizá en el miembro de la Escuela de Constanza más próximo a una «retorización» de la recepción. En apoyo de las razones que acabamos de aducir, Antonio López Eire asegura:

Hemos de citar como pionero de esta metodología [estética de la recepción] a H. R. Jauss, que, como hicieran sistemáticamente Aristóteles y Kant en el pasado, a la hora de elaborar una estética, se ha dignado tener en cuenta las relaciones de la obra de arte con sus destinatarios, así como los efectos que sobre ellos ejerce⁸⁰.

Por otra parte, en la teoría literaria de Paul de Man, dentro del deconstruccionismo americano, hallamos una teoría de la lectura, en la que el término *retórica* sostiene el peso del análisis. Previamente, en el ámbito de la deconstrucción, ya había habido algunas aproximaciones al terreno elocutivo por parte de Jacques Derrida. Para el filósofo francés, la metáfora y la metonimia centran un problema filosófico que trasciende los límites de la neoretórica contemporánea, para convertirse en una cuestión de «inversión» de este término, alejado del desvío de una norma que la deconstrucción no considera, pues uno de sus puntos básicos se centra en la suspensión sistemática del deseo de referencia, tal como hallamos en algunos pasajes de *La escritura y la diferencia* o *La diseminación*⁸¹. Como indica Patricio Peñalver, «La deconstrucción parece consistir [...] en la determinación de lo literario como la consciencia marcada o remarcada de la ineludible retoricidad de todo texto»⁸². Manuel Asensi nos plantea una dimensión más completa del problema de la retoricidad del texto (y, en este contexto, de la construcción de una metaforización filosófica, imposible de alcanzar) en la obra de Derrida. Junto a la aceptación de la doctrina retórica clásica por parte de la deconstrucción, para asumir los valores inevitables del discurso que esta retórica presupone, punto de conexión con esta doctrina filosófica y de la teoría del texto en torno a una psicagogía fundamentada en la presencia del autor y del receptor, para, a continuación, desembocar en una logografía que acaba negando no sólo esa presencia, sino incluso la «presencia» del texto. Para Asensi esta conexión se justifica por:

Si la retórica estructural es esencialmente logográfica, lo es más que nada porque deja la psicagogía habitar en el terreno del lenguaje denotativo, en el de la «verdad», en el que aporta una información. En cambio, la deconstrucción es logográfica sobre todo porque señala el carácter «logográfico» de todo discurso, de todo texto, sea éste «perteneciente» a la literatura, a la filosofía, a la historia, o a la ciencia: la «différence» opera disimuladamente en el concepto. Por eso habla-

⁸⁰ A. López Eire, *Retórica clásica y teoría literaria moderna*, p. 53.

⁸¹ Jacques Derrida: *La escritura y la diferencia* (Barcelona: Anthropos, 1989); *La diseminación* (Madrid: Fundamentos, 1975).

⁸² Patricio Peñalver Gómez: «El pensamiento de la escritura y la cuestión de la metáfora», en *Anthropos*, Sup. 32 (1992), pp. 128-132; p. 129.

mos de retórica logográfica radicalizada. La deconstrucción es, en cierta forma, un movimiento opuesto a la hermenéutica, pues ésta pretende conferir rango de verdad a lo metafórico, por lo que carecería de sentido la oposición logografía/psicagogía (la psicagogía mueve los hilos). En cambio, aquélla arranca la verdad de lo psicagógico y demuestra su carácter logográfico, por lo que carecería de sentido la oposición logografía/psicagogía (la logografía mueve los hilos)⁸³.

Una vez deshecha la oposición psicagogía-logografía, queda también rota la oposición literal/figurado, adueñándose la figuratividad del espacio de la textualidad, con la diseminación que ocupa el lugar de la polisemia, con el «gram» en lugar del signo, con el juego en lugar de la estructura, pues no hay centro, sino referencia cero. No se trata entonces de eliminar la retoricidad del texto, del lenguaje, sino de jugar con ella, pues es su misma esencia. La interpretación de un texto no será sino otro texto, y la consecuencia de ello es, como anticipó Gorgias, la subordinación de la filosofía respecto de la retórica⁸⁴. Pero si la metáfora abarca la esencia misma del lenguaje, queda rota también la dicotomía denotación/connotación, pues el «desplazamiento», como afirma Manuel Asensi⁸⁵, habilita el predominio de lo logográfico, la identidad entre lenguaje y metalenguaje, la imposibilidad de descifrar la metáfora, que adquiere una infinita metaforicidad, arrasando los límites de una *verdad* lectora que alcance a la *verdad* receptora en sus múltiples vertientes, pues «Tras el velo de lo figurado (literal) está el velo de lo literal (figurado)».

Por su parte, Paul de Man propone una teoría de la lectura a partir de una retórica desligada de la gramática. Para analizar brevemente la teoría desarrollada por de Man a este respecto, seguiremos dos de sus obras: *Alegorías de la lectura* (1979) y su obra póstuma, *La resistencia a la teoría* (1986)⁸⁶. En *Alegorías de la lectura*, antes de entrar a analizar los textos de Rilke, Proust, Nietzsche y Rousseau, de Man aboga por la separación de la retórica con relación a la gramática⁸⁷, adoptando una perspectiva próxima a Derrida, quien rechaza los planteamientos estructuralistas, que habían hecho recaer los mecanismos retóricos en un paralelo, o en una subordinación, de los mecanismos gramaticales, como un subconjunto particular de las relaciones sintácticas. Por ello, una nueva retórica (para Genette y el resto de estructuralistas) venía a constituir una nueva gramática, o más exactamente, una revisión estructural de la gramática. Por el contrario, para de Man la diferencia entre gramática y retórica se plantea en torno a los sentidos de una pregunta (por ejemplo, «¿Cuál es la diferencia?»), que para Nietzsche o Derrida plantearía también la impo-

⁸³ M. Asensi, p. 40.

⁸⁴ A. López Eire, *Retórica clásica...*, p. 73.

⁸⁵ M. Asensi, pp. 45-46.

⁸⁶ Paul de Man: *Alegorías de la lectura* (Barcelona: Lumen, 1990); *La resistencia a la teoría* (Madrid: Visor, 1990).

⁸⁷ P. de Man, *Alegorías de la lectura*, pp. 19 y ss.

sibilidad de una respuesta. De Man expone el análisis de este hecho del siguiente modo:

La cuestión es como sigue. Un paradigma sintáctico perfectamente claro (la pregunta) engendra una oración que tiene al menos dos significados, uno de los cuales afirma y el otro niega su propio modo ilocucionario. No se trata simplemente de que existan dos significados, uno literal y el otro figurado, y que tengamos que decidir cuál de ellos es el correcto para esta situación particular [...] El modelo gramatical de la pregunta se convierte en retórico no cuando tenemos, por un lado, un significado literal y por otro un significado figurado, sino cuando, empleando recursos gramaticales lingüísticos o de otro tipo, resulta imposible decidir cuál de los dos significados (que pueden llegar a ser totalmente incompatibles) prevalece. La retórica suspende de manera radical la lógica y se abre a posibilidades vertiginosas de aberración referencial. Si no fuera porque la comparación se aleja en cierto modo del uso común, yo no vacilaría en igualar la potencialidad figurativa y retórica del lenguaje con la literatura misma⁸⁸.

La cuestión, por tanto, se centra en la mayor capacidad de ruptura de la lógica por parte de la retórica, pérdida basada en la ausencia de referente, lo que veíamos ya en Derrida, influyendo decisivamente en el sentido interpretativo, que queda eliminado, redundando así en esa anti-hermenéutica que parece sustentar los presupuestos teóricos de la deconstrucción.

En su obra póstuma *La resistencia a la teoría*, Paul de Man incide en esta divergencia entre gramática y retórica, en esta ocasión centrando el debate en los tropos. Los tropos, para este autor, son un fenómeno de lenguaje, de manera independiente a la gramática, pues la gramática es, por definición, capaz de generalización extralingüística, carácter éste del que no participa el tropo⁸⁹. La resistencia a la teoría es «una resistencia a la dimensión retórica o tropológica del lenguaje, una dimensión que quizás se halle más explícitamente en primer plano en la literatura (concebida de modo amplio) que en otras manifestaciones verbales o —por ser menos vago— que puede ser revelada en cualquier acontecimiento verbal cuando es leído textualmente»⁹⁰. Desde esta perspectiva crítica, el desplazamiento retórico supone la anulación de la gramática, la aparición de una lectura múltiple, como culminación de un proceso negativo, iniciado en el *trivium*, en el que se nos muestra la historia de una dialéctica del deshacerse los valores instituidos por la gramática. Por consiguiente, la teoría de la lectura que de Man propone, frente a las teorías de la pragmática o de la estética de la recepción (que han eludido la cuestión de la retórica), se fundamenta en las «lecturas retóricas» técnicamente correctas, en las lecturas que se alejan de una fenomenal-

⁸⁸ P. de Man, *Alegorías de la lectura*, pp. 23-24. Para un análisis marxista de la doctrina demaniana sobre la metáfora y su aplicación a Rousseau, tal como hallamos en *Alegorías de la lectura*, Fredric Jameson: «La Deconstrucción como nominalismo», en *Teoría de la Postmodernidad* (Madrid: Trotta, 2001), pp. 155-197.

⁸⁹ P. de Man, *La resistencia a la teoría*, p. 29.

⁹⁰ P. de Man, *La resistencia a la teoría*, p. 32.

lización indebida o de cualquier codificación gramatical o performativa indebida, que, sin embargo, aun pudiendo ser «aburridas, monótonas, previsibles y desagradables [...] son irrefutables. Son también totalizadoras [...], son realmente universales, modelos coherentemente deficientes de la imposibilidad del lenguaje de ser un lenguaje modelo»⁹¹. La resistencia a la teoría es, pues, la resistencia a la lectura, a una lectura alegórica y universalizada: «Nada puede superar la resistencia a la teoría ya que la teoría misma es esa resistencia».

Esta teoría sobre la lectura planteada por Paul de Man nos puede ser útil a la hora de diseñar las líneas maestras de una Retórica General literaria. Lo importante para esa Retórica General es, en palabras de Antonio García Berrio:

La experiencia real, crítica y teórica que está en la base de esas paradojas [...] es la del *universalismo retórico*, estructuras figurales y argumentativas que participan de la condición universal de los *esquemas* —*eskemata lexeos*— [...] Las figuras retóricas, como las construcciones de frases y de predicaciones y los esquemas argumentativos, son los trasuntos correspondientes a la dialéctica cerrada de los trayectos lógicos universales de la afirmación y de la negación, de las relaciones de polaridad constelativa y de identificación interdependiente entre las entidades discretas que constituyen la percepción de la realidad⁹².

Por ello, Paul de Man se ha convertido en una de las piezas básicas de esa Retórica General, que hoy por hoy no sólo es el único camino viable para desarrollar una crítica consciente tanto del texto como de las condiciones de emisión y recepción (elementos extralingüísticos, pero necesarios para una completa teoría pragmática), sino que también supone un avance de desautomatización, frente a los automatizados métodos e instrumentos de la crítica literaria contemporánea.

En nuestra opinión, una Retórica General supone el retorno a un humanismo interdisciplinar necesario para comprender y asumir la obra literaria en todas y cada una de sus dimensiones, de sus niveles de análisis, una vez aceptados los productos que la crítica estructural (a partir de la lingüística) nos ha proporcionado, junto con una doble dialéctica, un doble proceso de codificación y de decodificación: la dialéctica del autor y su obra y la dialéctica del lector y la obra, diálogo incompleto si no participamos de elementos extralingüísticos (o extraliterarios) como el marco de emisión y recepción, como las presuposiciones, como la carga cultural de uno y otro agente del discurso, y tantos otros factores que es necesario engastar y unificar, integrando lecturas y estructuras de muy diversa procedencia. Se trataría, pues, de buscar los conectores de los diversos estratos de análisis a través de una doctrina retórica renovada desde la teoría y la crítica literarias de la actualidad, estableciendo las siguientes relaciones:

⁹¹ P. de Man, *La resistencia a la teoría*, p. 36.

⁹² A. García Berrio, *Teoría de la literatura*, p. 66.

- a) Relación entre imaginario y estructura textual. En este caso la aportación de Tomás Albaladejo se nos presenta como fundamental, con la recuperación de la *intellectio*⁹³ como operación previa a la elaboración externa del discurso.
- b) Relación entre estructura textual (estructura lingüística y figurativa) y estética, junto con los resultados provisionales de la relación *elocutio*/estructura lingüística, lo que habría de redundar en los valores simbólico-estéticos del signo literario, cuyas bases dejó sentadas Paul de Man en los textos recopilados en *La ideología estética*⁹⁴.
- c) Relación retórica/dialéctica, como medio para establecer una lógica argumentativa, partiendo de la relación establecida por Aristóteles y mantenida en el Renacimiento, hasta la división ramista, con la correspondencia de la *inventio* y la *dispositio* a la dialéctica y de la *elocutio* a la retórica. Hoy la relación *inventio/elocutio* nos parece indudable, desde el plano semántico, así como la relación de la *elocutio* con la *dispositio* desde el punto de vista sintáctico, abarcando ambos planos una pragmática regida por la lógica proposicional. También sería necesario establecer, dentro de un contexto más restringido, la relación entre *tópico argumentativo* y *tópico conversacional*, regido el primero por unos valores estéticos inherentes y el segundo por su alcance performativo, dentro de la *topica* discursiva, por lo que sería necesaria la inserción, en el *corpus* de una nueva retórica, de nociones tomadas de la argumentación lingüística, tales como *clase de conclusiones*, o como *operador argumentativo*, definidas por Anscombe⁹⁵.
- d) Relación obra/lector (y viceversa), es decir, la recepción, mediante una hermenéutica fundada en el gusto estético y en el impulso ético de la transmisión y recepción del texto (Jauss), y que recoja correctamente los ya conocidos horizontes de expectativas, así como el contexto de recepción de la obra, remarcando no sólo la figura del *lector modelo* propugnada por Umberto Eco en *Lector in fabula*, sino limitando los valores interpretativos del texto, como ha defendido posteriormente el propio Eco en *Los límites de la interpretación* y en *Interpretación y sobreinterpretación*⁹⁶.
- e) En relación con el proceso de creación y de recepción, será necesaria una fenomenología basada en unas apariencias objetivas, en las que el contenido textual pase a ser vivencias universales transferidas a los lectores, quienes han de complementar —según Ingarden⁹⁷— los objetos literarios según sus intereses y expectativas. Ello redundará asimismo tanto en la relación entre ética y estética, partiendo de una ontología transmitida a la literatura de un modo coherente como sucede con los teóricos de la Escuela de Bolonia, o con la lucidez de Maurice Blanchot, como en esa *materia del sentido* (*hylé*) con la car-

⁹³ Tomás Albaladejo: *Retórica* (Madrid: Síntesis, 1989), pp. 65 y ss.

⁹⁴ Paul de Man: *La ideología estética* (Madrid: Cátedra, 1998).

⁹⁵ Jean-Claude Anscombe et al.: *Théorie des topoï* (París: Éditions Kimé, 1995), pp. 35 y ss.

⁹⁶ Umberto Eco: *Lector in fabula* (Barcelona: Lumen, 1993); *Los límites de la interpretación* (Barcelona: Lumen, 1992); *Interpretación y sobreinterpretación* (Cambridge: Cambridge University Press, 1995).

⁹⁷ Cfr. Roman Ingarden: *The cognition of the Literary Work of Art* (Evanston: Northwestern University Press, 1973).

ga intencional correspondiente, tal como la dejó expuesta Husserl en su fenomenología, y recoge en buena medida Julia Kristeva⁹⁸.

Texto retórico como esencia misma del lenguaje, como propugnaba Paul de Man, pero también texto retórico considerado desde la diversidad de métodos e instrumentos de interpretación que sólo la interdisciplinariedad propuesta por una Retórica General puede conceder.

⁹⁸ Julia Kristeva: *La révolution du langage poétique* (París: Éditions du Seuil, 1974).